

Sobre presencias, ausencias y otras memorias. A propósito de *Diálogos en el museo y otros poemas* de José E. Santos

Lissette Rolón Collazo
Universidad de Puerto Rico, Mayagüez

La propuesta poética de *Diálogos en el museo y otros poemas* (en adelante *Diálogos*) bien podría atisbarse a partir del motivo del viaje y el retorno, el binomio presencia/ausencia y las interlocuciones entre la memoria persistente y el presente fugaz. La palabra en *Diálogos* se erige como cómplice para tales alternancias. La lectura crítica que propongo, por tanto, prestará su mirada a las estrategias del contrapunto entre las ausencias y las presencias, el presente y la memoria y, desde luego, todas las significaciones que cobra la experiencia del viaje en este banquete de artificios de la palabra presente y ausente a la vez, muy a pesar de la tradición clásica y moderna de Platón a esta parte.

En primer lugar, destaca el contrapunto entre el viaje y el retorno que más bien valdría decir los viajes y los retornos. La primera parte del texto (tejida a partir de catorce poemas) se concibe bajo el pretexto de un viaje al Museo Nacional de Antropología en la Ciudad de México. La voz poética, cual viajero ilustrado a la inversa, se dispone a recorrer la historia prehispánica dispuesta en las salas de dicho museo. Quienes han tenido la oportunidad de hacer ese viaje, saben bien que entrar a ese museo potencia viajes múltiples en los espectadores. A modo de ejemplo presento uno de los segmentos, con miras a que el lector aprecie el contrapunto estructural que potencia los demás contrapuntos desplegados:

Piedra del Sol

Fuerte es la caída que muele mi cuerpo
y desmenuza todo vestigio de mi osada marcha.
Caigo hasta los últimos suelos.
Caigo hasta el último signo
que sobre el tiempo rige
y me obliga a levantar la vista
y a reconocer mi propia lucidez.
Bajo este signo vulnerado
se extiende lo que queda de mi atrevimiento,
de mi empresa, de mis ansias,
las mismas que me adentraron
a este recinto en que dos historias
se juntan multiplicadas por los ojos que registran
y las mentes que asimilan o desestiman,
curtidas del lastre del presente perdido y dosificado.

Bajo este signo vences.

La Piedra del Sol impone su faz creciente,
desde el centro de todos los centros
hasta el filo de todos los límites.

Se mueve.
Retrocedo ante su avance.
Me abandona el arrojo

que hasta este instante me sustenta.
La observo.
Se adentra en mí desde dentro.
Se fortalece.
Gira concéntrica
alternando la orientación de sus anillos
y la trayectoria de sus circuitos.
Me amenaza.
Quiere definirme,
quiere transformarme,
quiere que acepte,
que consienta, que afirme.
Y sus ojos me hablan de otros ojos.
Y su boca me habla de otra boca.
Y lo advierto todo.
Discierno esos ojos
que bañados de duda y recelo
se apertrechan con el ardor de los siglos
cincelados en esta geografía
de estuarios perdidos y volcanes olvidados.
Y siento el temor que imprime su embestida,
que se duplica en el aire mismo,
en este plasma que adentrado rodea
la definición de toda superficie.
Y acepto, y vivo mi exclusión.
Siento esa boca distante que proclama
“Me perteneces desde el día en que naciste”,
la misma boca que dirá “No”
hasta el día final del último de todos los calendarios.

Immensa la piedra amenaza a caer sobre todo.
Sustenta el tiempo y doblé los hechos.
Avisa que ha de eclipsar
toda lumbre plácida o embravecida.
Conversa remota con las voces
que nadie percibe,
las que danzan entre cifra y cifra
el acomodo de hélices y roscas
de mecánicas imposibilidades.
Puerta es que lleva a deshacer todo orden,
a descomponer la secreta filiación de las cosas,
a desarmar las mentes y las manos
de quienes escrutan el mundo.
Disuelve mi resolución temeraria
y el eco de las voces que te repiten
y te dan forma en mi conmoción,
en mi intento por desatar y acaparar
el sentido de todas las estaciones.

*El invierno desea ser primavera.
Y en cada año se ofrece el beso
de esta tentación en que se regodea el calendario,*

*atento a la seducción de las efemérides.
Y nos cansamos de llamar las cosas.
Y el calendario se cansa de ser un índice,
de ser un símbolo.
El calendario quiere ser real.
—Bésame otra vez mujer.
—Tú lo que quieres es que te muerda los labios.
Te conozco.
Déjame mirarte a los ojos.
¿Quieres que te muerda verdad?
Pídemelo.
—Muérdeme los labios.
—Quiero oírte mejor. Más fuerte.
—Muérdeme los labios. Te lo suplico.
—Así...—
Es un engaño el tiempo.
Calendarios y relojes,
fechas y cálculos que precisan
el ordenamiento de los objetos,
del electrón a la galaxia.
Aquí, en lo absoluto,
sólo se siente esta precisión de forma y sentido,
la misma que hace combustible intenso
el centro de los soles
y la aspiración de las ideas.
Esta primavera desea ser verano.
—¿Te gusta verdad?
—Sí.
—Dime que te gusta. Te lo exijo.
—Me gusta besarte mujer de los instantes.
Me gusta que me muerdas.
Me gusta saber que he perdido el tiempo toda mi vida
porque no conocía tu boca.
—¡Hostia! ¡Dímelo!
—No sé nada de nada. Enséñame por favor.
Enséñame a ser hombre contigo.
Hoy quiero aprender a vivir.
—¡Júramelo!
—Aquí y de frente.
Olvido mi sentido común,
mi resistencia, mi sensatez.
Mi presencia es mi juramento.
—¡Mírame a los ojos! No me mientas.
No me digas las cosas para sólo complacerme.
—¿Qué más puedo decirte?
No me queda más discurso.
¡Sienteme!
Te pienso, te imagino,
rebago un mundo que aleja toda marca
de lo definido en la distancia y en el pasado.
Te hablo desde la razón,
desde el instante en que se decide*

porque no queda ya más qué decidir en la vida.
Hoy decido por fin. No quiero decidir más.
 —¿Así? ¿Lo sientes así?
 —Acércate. Tócame todo.
Tócame y siente mi respuesta.
 —Tócame tú que lo he soñado mil veces—.
Se suman los calendarios en apariencia textual.
Se inaugura así la historia.
Batallas, decretos, redacciones,
imprecisiones y reivindicaciones.
La tribu pasa al conglomerado,
y en algún momento llegan las naciones.
Los imperios surgen,
se desahogan, se retuercen.
Auge y decadencia,
muerte y redefinición.
El ciclo no finaliza.
Vida, mucha vida.
Siento tu vida.
Y tu vida es la vida.
El verano se siente verano.
 —¿Me sientes, mujer?
 —No me sueltas.
 —Sólo sueño con este lenguaje
que mis dedos te ofrecen.
Y ahora lo vivo.
Te toco y soy feliz,
Te toco y me doy cuenta
de lo que siempre he querido hacer.
 —¡Atrévete más!
 —No moveré mis manos de ti.
 —Y yo no moveré las mías. ¿Oíste?
 —Endurece mi latir.
 —Endulza mi tersura.
 —Nada sin ti.
 — Tu cuerpo es mío.
Tu mente es mía.
Tus sueños...—.
El verano es verano.
No hay otoño.
No habrá más invierno....

Rugen y se estremecen los suelos.
 La Piedra del Sol rueda desanclada.
 Temblores fabrica enconada y violenta.
 Con ella se alborotan todas las fechas.
 Con ella se acaban de golpe las imágenes
 que palpaban mi integridad
 y que besaban la entereza
 que guiaba mi sensorial odisea.
 Robusta me impone su celo.
 Recia legitima todo lo que me niega,

y lanza a los abismos el silabario de mi delirio.
 Por vivir mi arrebató me disgregó.
 Por olvidar las sangres de esta Mesoamérica infinita
 me juzgan los brazos
 que concretan los ejes de tu vida.
 Y con razón me prenden.
 Y con razón me torturan.
 Yo cerraba y abría los ojos para buscarte
 y vivirme al verte en el ficticio mundo de mis sombras,
 verte y sentirte,
 sentirte y exaltarte.
 México me acorrala.
 México no perdona.
 México te protege.
 Y la Piedra del Sol abre sus fauces
 para devorar mi cielo,
 para declarar mi infierno,
 y para entregarme a las huestes
 que han redactado esta verdadera historia,
 y que agolpadas se prestan
 a impartir su evocada justicia. (67-72)

Ese primer nivel del viaje en *Diálogos* no se imagina en solitario, aunque terminará siéndolo entre comillas. La voz poética espera a su acompañante y esa espera cataliza otro de los viajes que edifica esa primera sección: la memoria del encuentro y la presencia de la amante.

Una vez la voz poética asume su viaje solitario se detona otro viaje. Esta vez el referente es la historia silenciada y ocultada por la conquista y la colonización de los territorios amerindios. Esa experiencia de viaje se precipita frente a las imágenes dispuestas en el museo ante las que se detiene el viajero poético. Cada icono, cada puerta, cada vestíbulo, propicia el acceso a la memoria proscrita, a la memoria negada, a la memoria incisiva de las culturas vapuleadas por los vencedores. Es justo en ese instante que el viajero conspira contra la ausencia de la amada por medio de la presencia de un pasado que se niega al olvido. De ahí se desata otro viaje, esta vez a la memoria individual, a los recuerdos vividos con la amada aparentemente ausente. Ese viaje se denota en el texto por medio del rasgo curvo de la itálica. La letra se doblega, se suaviza, se esfuma ante la presencia ineludible del sujeto amado. Frente a los objetos del viaje a la semilla amerindia, comparece la amada que no llegó a tiempo a la cita ese día. La voz poética evoca y sus viajes se multiplican frente a presencias inmanentes, serenas y cómplices de una soledad frágil.

El viaje al museo condensa otros tantos viajes de la voz poética pensante y palabrera. Su compañía certera es la palabra de la memoria potenciada a dos tiempos, en contrapunto, resistiendo el artilugio quimérico de la oposición. De tal modo, la propuesta poética de *Diálogos* es viaje y retorno, presencia y ausencia, presente y memoria, lo uno y lo otro al mismo tiempo.

El segundo contrapunto es entonces la ausencia y la presencia: la amada y las culturas derruidas por la conquista y la colonización se manifiestan en este poemario como presencias persistentes en un aquí y un ahora sin paliativos. La voz poética se hace acompañar, aun en su aparente soledad y la palabra prestidigita ausencias y presencias, presentes y pasados en una operación mimética con la lógica de los museos.

Los museos latinoamericanos, como todos los que consignan genocidios de la humanidad perversa, son acentos de presencia trágicos y festivos a la vez. Son esa voz y esa huella que es y está. Son esa ausencia que se resiste y persiste en presencias fragmentadas y sutiles. Un portal, una vasija, una divinidad, todo conspira para estar en el museo, aunque su presencia allí es posible por virtud de una ausencia involuntaria y violenta.

El tercer contrapunto es, precisamente, esa dicotomía problemática de pasado y presente que se condensa y confunde en los viajes a cualquier museo, a ese museo. La virtualidad de los objetos evoca presencias robustas de un pasado que se resiste a serlo sin antes contarse y contar. La voz poética, en dos aguas, en dos tiempos, presente y ausente a su vez se contagia con las memorias y se erige como sujeto mnemónico por excelencia.

El cuarto contrapunto que ha de notarse es el que se establece en el propio poemario entre *Diálogos en el museo* y *Calles de Polanco*. A la salida del Museo, de vuelta al presente de la voz poética, que es también memoria, se inaugura otro viaje. El viaje entre el recinto cerrado del museo y el paisaje abierto de las populosas calles de Polanco. Todas las presencias de ese recorrido son también ecos de una ausencia, la de la amada que antes fue la compañía en ese viaje, las de las culturas amerindias violentadas salvajemente por el conquistador europeo, las de sí mismo hace unos instantes.

Así vista, la propuesta de este poemario es definitivamente múltiple. Cada contrapunto prefigura la posición conceptual asumida. En el museo y en la vida cotidiana se confunden lo uno y lo otro. No se trata de oposiciones, se trata de antónimos arbitrarios que consignan su derrota. El viaje y el retorno son las piezas de una misma oración. La ausencia y la presencia son la ráfaga de un mismo aire. El pasado y el presente son lo uno y lo otro al mismo tiempo. El interior y el exterior del Museo son una evocación, una memoria y un presente que se evapora tras cada fonema, icono o rincón. La amada está presente, de cierto modo, porque está ausente y a la inversa.

Diálogos en el museo y otros poemas es una apuesta por el contrapunto literal y figurado, profundamente presente y a la vez rastro de la memoria; sencillamente lo uno y lo otro a la vez. Creo que Derridá disfrutaría más estos versos que Platón. Creo que el viaje ilustrado a la inversa es un ajuste de cuentas con un Renacimiento virulento y una Ilustración insuficiente. Propongo que nos atrevamos a hacer este viaje poético, que es regreso en el tiempo, desde el Puerto Rico del poeta y sus lectores, esta mancha en el Caribe nuestro de cada día. En cualquier esquina, nos asaltará una evocación de aquel museo y sus presencias ausentes.

Obra citada

Santos, José E. *Diálogos en el museo y otros poemas*. San Juan: Casa de los Poetas, 2011.